

Homilía de IV Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2011 - 2012 - (Ciclo B)

“¿Qué es esto? Este enseñar con autoridad es nuevo.”

Introducción

En nuestra sociedad estamos acostumbrados a fijarnos, y sobre todo a admirar, a las personas sanas, vigorosas, jóvenes, guapas y ricas. Sin embargo, pasar de largo y no prestar atención a los millones de personas que sufren porque son débiles, pobres, enfermas, perdedoras o fracasadas es desconocer por completo lo que es la vida humana. La mirada de Jesús de Nazaret se dirigió precisamente a aquellos a los que nadie quería ver: a los que podemos denominar con toda crudeza «existencias humanas deterioradas». No fue casual que quisiera inaugurar el Reino de Dios sanando a un enfermo en la sinagoga de Cafarnaúm. La razón es que el Dios Padre de Jesús no quiere el sufrimiento de los seres humanos –como frecuentemente se piensa y se dice–, sino que envió a su Hijo a remediarlo y a arrancarlo de raíz. El poder de Dios que experimentó Jesús actuando en su ministerio fue un poder para curar, no para destruir. Del mismo modo, el mensaje que había recibido para proclamar fue el mensaje del favor de Dios, no el de la venganza de Dios. Nosotros los cristianos, –a la vez que estamos siendo sanados por nuestros hermanos– somos llamados por el Espíritu de Jesús a ser también sanadores de otros seres humanos que sufren las más diversas dolencias.



Baldomero López Carrera
Laico Dominicano

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Deuteronomio 18, 15–20

Moisés habló al pueblo diciendo: «El Señor, tu Dios, te suscitará de entre los tuyos, de entre tus hermanos, un profeta como yo. A él lo escucharéis. Es lo que pediste al Señor, tu Dios, en el Horeb el día de la asamblea: “No quiero volver a escuchar la voz del Señor mi Dios, ni quiero ver más ese gran fuego, para no morir”. El Señor me respondió: “Está bien lo que han dicho. Suscitaré un profeta de entre sus hermanos, como tú. Pondré mis palabras en su boca, y les dirá todo lo que yo le mande. Yo mismo pediré cuentas a quien no escuche las palabras que pronuncie en mi nombre. Y el profeta que tenga la arrogancia de decir en mi nombre lo que yo no le haya mandado, o hable en nombre de dioses extranjeros, ese profeta morirá”».

Salmo

Salmo 94, 1-2. 6-7. 8-9 R. Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor: «No endurezcáis vuestro corazón.»

Venid, aclamemos al Señor, demos vítores a la Roca que nos salva; entremos a su presencia dándole gracias, aclamándolo con cantos. R/. Entrad, postrémonos por tierra, bendiciendo al Señor, creador nuestro. Porque él es nuestro Dios, y nosotros su pueblo, el rebaño que él guía. R/. Ojalá escuchéis hoy su voz: «No endurezcáis el corazón como en Meribá, como el día de Masá en el desierto; cuando vuestros padres me pusieron a prueba y me tentaron, aunque habían visto mis obras». R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 7, 32-35

Hermanos: Quiero que os ahorréis preocupaciones: el no casado se preocupa de los asuntos del Señor, buscando contentar al Señor; en cambio, el casado se preocupa de los asuntos del mundo, buscando contentar a su mujer, y anda dividido. También la mujer sin marido y la soltera se preocupan de los asuntos del Señor, de ser santa en cuerpo y alma; en cambio, la casada se preocupa de los asuntos del mundo, buscando contentar a su marido. Os digo todo esto para vuestro bien; no para poner os una trampa, sino para induciros a una cosa noble y al trato con el Señor sin preocupaciones.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 1, 21-28

En la ciudad de Cafarnaúm, el sábado entró Jesús en la sinagoga a enseñar; estaban asombrados de su enseñanza, porque les enseñaba con autoridad y no como los escribas. Había precisamente en su sinagoga un hombre que tenía un espíritu inmundo y se puso a gritar: «¿Qué tenemos que ver nosotros contigo, Jesús Nazareno? ¿Has venido a acabar con nosotros? Sé quién eres: el Santo de Dios». Jesús lo increpó: «¡Cállate y sal de él!». El espíritu inmundo lo retorció violentamente y, dando un grito muy fuerte, salió de él. Todos se preguntaron estupefactos: «¿Qué es esto? Una enseñanza nueva expuesta con autoridad. Incluso manda a los espíritus inmundos y lo obedecen». Su fama se extendió enseguida por todas partes, alcanzando la comarca entera de Galilea.

Pautas para la homilía

Las curaciones, una actividad clave del Reino de Dios

Jesús no se limitó a predicar el Reino de Dios únicamente con su palabra –como suelen decir muchos clérigos–, sino que la actividad sanadora –unas veinte historias de curaciones y de exorcismos– fue uno de los núcleos sobre los que se construyó ese nuevo Reino de Dios. Jesús, el Mesías e Hijo de Dios, declara y mantiene una lucha a muerte contra las fuerzas del mal, que en aquel tiempo se personificaban en Satanás y que hoy necesariamente tenemos que situar en los que con sus decisiones causan graves sufrimientos a las personas más indefensas. Ésos son el verdadero demonio moderno. Con el derrocamiento del reino de Satanás –derrocamiento que consiste en vencer los sufrimientos de los hombres–, Jesús abre paso al reinado de Dios. Por medio de los milagros se acalla la voz de la desesperación humana y se restaura la dignidad de las personas.

Estas curaciones no eran milagros sobrecogedores

Tanto es así que a los incrédulos no les bastaban esos “portentos” para admirar a Jesús y creer en él. ¿En qué consistían tales curaciones? ¿Remediaba Jesús el aspecto orgánico de la enfermedad o actuaba sobre el rechazo y la marginación social que se cernía sobre los enfermos? No lo sabemos. De lo que sí estamos seguros es que las curaciones de Jesús significaron una transformación del mundo social de su tiempo en relación con los enfermos. En efecto, baja estima social y enfermedad formaban un círculo vicioso del que difícilmente podía liberarse un enfermo por sí mismo. Por eso Jesús acude e interviene para liberar al ser humano enfermo de ese callejón sin salida en que se encontraba, con lo que le devuelve la dignidad y la estima social.

Las curaciones son un acto de rebeldía de Jesús

Los sacerdotes del Templo tenían el monopolio sobre la curación y sobre la repercusión social de la enfermedad. Ellos –y sólo ellos– marcaban las líneas divisorias entre los lugares para los enfermos y para los sanos. Jesús, al curar y tratar a los enfermos en sus casas –no en el Templo– y al acogerlos como iguales a los demás en aquellas comidas abiertas a todo el mundo (comensalías), estaba rompiendo las barreras entre puros (sanos) e impuros (enfermos), con lo que Jesús se estaba constituyendo en un revolucionario social peligroso.

De sanados a sanadores

Cuando los primeros seguidores salidos de las aldeas de la Baja Galilea le preguntaron a Jesús cómo agradecerle sus curaciones, les dio una respuesta bien sencilla. Es decir, sencilla de entender, pero difícilísima de llevar a la práctica. Sois sanadores que han sido sanados –les dijo–, de modo que habéis de llevar este Reino de Dios a los demás.

¿Qué podemos hacer los cristianos por paliar los sufrimientos de los hombres?

El sufrimiento es expresión genuina de algún deterioro vital, el cual, a su vez, es producido por contravalores. Cuando una niña llora, el llanto nos remite a un sufrimiento, y éste a algún deterioro vital, sea una herida, la falta de atención, el hambre, un fracaso, los celos, o algún disgusto. Así pues, la extensión del deterioro vital y del sufrimiento es tanta y tan variada como variados son los contravalores. No existe un sufrimiento humano general y homogéneo, sino que al menos podemos distinguir ocho grandes diversidades de contravalores, de deterioros vitales y, lógicamente, de sufrimientos: biopsíquicos (limpieza, salud, placer de los sentidos, placeres psíquicos, sexo), del conocimiento, económicos, estéticos, éticos (de la justicia), lúdicos, religiosos y sociopolíticos (relaciones sociales de todo tipo). Cada tipo de contravalor causa sufrimientos específicos, irreductibles e insustituibles. El sufrimiento que produce una ruptura familiar no es el mismo que genera la rotura de una pierna, de un cuadro de Velázquez o de unas relaciones justas. Los mecanismos para corregir esas respectivas roturas tampoco son los mismos.

A ejemplo de Jesús, los cristianos no debemos ser «insensibles» a los sufrimientos de los hombres. Una aguda «sensibilidad» acerca del dolor personal y del de los demás, capta la especificidad de cada sufrimiento y las medidas adecuadas para aliviarlo. Sobre muchos sufrimientos humanos no tenemos poder para mitigarlos, como seguramente tampoco Jesús lo tuvo. Pero sobre aquellos que estén a nuestro alcance, debemos dar testimonio de que Dios nos concede un poder para curar, y no para deteriorar o destruir.



Baldomero López Carrera
Laico Dominicano

Evangelio para niños

IV Domingo del tiempo ordinario - 29 de enero de 2012



Jesús enseña en Cafarnaún

Marcos 1, 21-28

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

Llegó Jesús a Cafarnaún, y cuando el sábado siguiente fue a la sinagoga a enseñar, se quedaron asombrados de su enseñanza, porque no enseñaba como los letrados, sino con autoridad. Estaba precisamente en la sinagoga un hombre que tenía un espíritu inmundo, y se puso a gritar: - ¿Qué quieres de nosotros, Jesús Nazareno? ¿Has venido a acabar con nosotros? Sé quién eres: el Santo de Dios. Jesús lo increpó: - Cállate y sal de él. El espíritu inmundo lo retorció y, dando un grito muy fuerte, salió. Todos se preguntaron estupefactos: - ¿Qué es esto? Este enseñar con autoridad es nuevo. Hasta a los espíritus inmundos les manda y le obedecen. Su fama se extendió en seguida por todas partes, alcanzando la comarca de Galilea.

Explicación

En tiempos de Jesús cuando alguien padecía una enfermedad o tenía el corazón lleno de mala intención se decía de él o de ella: tiene dentro un "mal espíritu". El evangelio de hoy presenta a Jesús tan lleno de bondad que es capaz de vencer todo mal y librar de ese espíritu malo a quien lo padece. De este modo, la fuerza de Jesús expulsó el mal de aquél hombre que quedó como nuevo y curado, por la intervención de Jesús en su vida.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

NARRADOR: Llegó Jesús a una ciudad de Galilea llamada Cafarnaum. Iba acompañado de Pedro y otros discípulos y decidieron entrar en la Sinagoga a escuchar la lectura de las Sagradas Escrituras. Veréis qué sucedió.

JUDÍO 1: ¡Bienvenido, Jesús! ¿Quieres leer tú los libros sagrados? Nos gusta mucho escucharte.

JUDÍO 2: ¡Es verdad! Y entendemos muy bien tus explicaciones sobre ellos.

NARRADOR: Pedro interviene y dice con voz fuerte:

PEDRO: Jesús explica con autoridad y no dando vueltas y rodeos como los letrados.

JUDÍO 1: Es que los letrados se creen muy listos y meten la pata a menudo.

JUDÍO 2: A mí los letrados me caen mal, porque dicen una cosa y hacen otra. Pero escuchemos a Jesús.

JESÚS: "Habló Moisés al pueblo diciendo: El Señor, tu Dios te enviará un profeta como yo de entre tus hermanos. A él le escucharéis"

NARRADOR: Había entre los presentes un hombre que tenía un espíritu inmundo que se puso a gritar:

ENDEMONIADO: ¿No me digas que tú eres ese profeta?

PEDRO: ¿Por qué hablas así a mi maestro?

ENDEMONIADO: Ése no es maestro de nadie, es un "loco".

JUDÍO 1: ¡No digas tonterías, déjanos escuchar!

ENDEMONIADO: ¡No me da la gana! Ha venido a fastidiaros. Dice que es el Santo de Dios, pero es un "loco", un "loco".

JESÚS: No lo digo yo, es Moisés quien lo dice.

ENDEMONIADO: ¡Burro, tonto, "loco"!

PEDRO: ¡Maestro, dile que se calle!

JESÚS: No está hablando él, Pedro, es un espíritu inmundo el que habla por su boca. ¡Cállate y sal de ese hombre!

NARRADOR: El endemoniado curado por Jesús le dice.

ENDEMONIADO: ¡Maestro!

JUDÍO 2: ¡Qué milagro acabamos de ver!

JUDÍO 1: ¡Hasta los espíritus inmundos le obedecen!

NARRADOR: ¡Algo grande va a suceder en Israel!

La fama de Jesús se extendió enseguida por todas partes.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández